

# Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

8. Que todos sean uno.  
La comunión eucarística:  
principio de unidad, fuente  
de fraternidad





**QUE TODOS SEAN UNO.  
LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA: PRINCIPIO DE  
UNIDAD,  
FUENTE DE FRATERNIDAD**

**INTRODUCCIÓN**

*Padre santo, a los que me has dado guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros (Jn 17,11).*

La tarde de la última cena es, sin duda, uno de los momentos más sublimes de la vida de Jesús. Junto con aquellos que él mismo había elegido para que fueran sus discípulos, comparte el alimento, explica el verdadero sentido del amor y de la autoridad, y se entrega para siempre como ofrenda. Por los relatos evangélicos, conocemos los detalles de lo que fue aquel banquete, en el que, asimismo, Jesús se estaba ofreciendo al Padre: víctima y sacerdote. Sin embargo, solamente el *Evangelio de san Juan* concluye aquel momento con unas palabras que la tradición cristiana ha denominado “oración sacerdotal” (cf. CEC n. 2747). En ella, además de pedirle al Padre su glorificación, Jesús ruega para que sus discípulos, aquellos que creyeron en él y en su palabra, se mantengan unidos, *sean uno* en la única y verdadera unidad, la que existe entre él y el Padre (*así como nosotros*).

Es muy significativo encontrar esta alusión a la comunión-unidad entre el Padre y el Hijo como punto culminante de este momento. El evangelista es cuidadoso al subrayar este momento, porque sabe que lo que acaba de celebrarse es mucho más que una simple comida entre amigos o una cena de despedida. Es la realización de lo que él mismo había señalado a lo largo del discurso sobre el pan de la vida (cf. Jn 6). Solo quien come el cuerpo y bebe la sangre de Cristo puede participar plenamente de la comunión intra-trinitaria y poseer la vida eterna. De igual manera, sabe que es algo que los discípulos no pueden alcanzar por sus propias fuerzas, sino que necesitan del don que viene del Espíritu Santo. Por eso, ruega al Padre por ellos.

Jesús quiere que la unión íntima que existe entre él y el Padre se dé también entre sus discípulos. Uno que diga que es discípulo no puede experimentar la comunión con el Padre Dios y vivir enemistado con el hermano, y mucho menos si participan juntos en la fracción del pan. Por eso ruega que sean uno: uno con el Padre y uno entre ellos, ya que la unidad y la comunión están en el ser mismo de Dios, y no hay nada que haga más daño al ser mismo de Dios que la división entre aquellos que lo aman y lo siguen. El papa Benedicto XVI, hablando de esa unidad entre los discípulos, dice:

Esa unidad no es producto del mundo, sino que proviene exclusivamente de la unidad divina, y llega a nosotros del Padre mediante el Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús invoca un don que proviene del cielo, y que tiene su efecto —real y perceptible— en la tierra. Él ruega «para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). La unidad de los cristianos, por una parte, es una realidad secreta que está en el corazón de las personas creyentes. Pero, al mismo tiempo, esa unidad debe aparecer con toda claridad en la historia, debe aparecer para que el mundo crea; tiene un objetivo muy práctico y concreto, debe aparecer para que todos realmente sean uno<sup>1</sup>.

A lo largo de esta reflexión, se abordará el tema de la comunión-unidad de forma ascendente; es decir, partiendo de la comunión personal con Dios, que se fundamenta en el sacramento del altar (comunión eucarística). Después, dando un paso adelante, la comunión eclesial, como manifestación de la experiencia de fe del cristiano, que es, por naturaleza, una persona de Iglesia (eclesial). Por último y como aplicación a la vida religiosa, la comunión fraterna, experiencia de los que, por la profesión de los consejos evangélicos, tratan de vivir en plenitud la unidad de los hijos de Dios.

Muchas pueden ser las áreas desde las que se aborde el tema propuesto. Sin embargo, esta reflexión se realizará desde la liturgia como expresión celebrativa que hace de todos los bautizados una comunidad cultural, amén de que en ella (la liturgia)

se realiza la cooperación más íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia. El Espíritu de comunión permanece indefectiblemente en la Iglesia, y por eso la Iglesia es el gran

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 25 de enero de 2012.

sacramento de la comunión divina que reúne a los hijos de Dios dispersos. El fruto del Espíritu en la liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad Santa y comunión fraterna (cf. 1Jn 1,3-7) (CEC 1108).

## 1. COMUNIÓN EUCARÍSTICA

*El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Y así como yo vivo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí (Jn 6,57).*

Estas palabras de Jesús, desconcertantes para unos y llenas de esperanza para otros, que se encuentran en el capítulo sexto del *Evangelio de san Juan*, se convierten para todo creyente en un proyecto de comunión íntima con Dios, a través del Cuerpo y la Sangre de su Hijo Jesucristo. Comer y beber este alimento no es un simple acto fisiológico, que busca saciar una necesidad básica, sino que trasciende la esfera de lo simplemente humano, porque entreteje un vínculo indisoluble de comunión y de unidad con el mismo Dios: *permanece en mí y yo en él*.

Este vínculo de comunión y de unidad no es solo afectivo, como quien está unido a alguien o a algo porque le estrechan lazos sanguíneos o de amistad, o porque la empatía ha generado un afecto mayor que mueve los sentimientos y crea una relación de interdependencia. Jesús propone una inhabitación total en quien come su carne y bebe su sangre; es decir, una posesión total de comunión: *así también el que me come vivirá por mí*. Es precisamente a esto a lo que se refiere san Pablo cuando, en la *Carta a los gálatas*, dice: *vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí (2,20)*.

Desde este punto de vista, se entiende que la misión de Jesús no consiste tan solo en anunciar el Reino de Dios y dar a conocer al Padre; pretende generar, ante todo, una comunión íntima entre él (el Padre) y todo aquel que, por la fe, lo conoce, lo acepta y lo proclama como el Señor de su vida. Esta unión, lejos de aislar a la persona, la relaciona con los demás de tal modo que, aquello que vive en lo profundo de su ser lo manifiesta en la comunión plena con quienes viven y comparten la misma fe.

Jesús sabe que la única manera de participar de esta plenitud de comunión con su Padre acontece a través de él, que vive desde siempre esa intimidad con él. Por esta razón se ofrece a sí mismo como ofrenda, e invita al creyente a participar plenamente de ella, comiendo y bebiendo su carne y su sangre. No es posible imaginar una relación más íntima que esta interioridad recíproca. Así,

la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana, porque es fuente y cumbre de la vida de comunión, y esto bajo dos aspectos inseparables de comunión con Cristo y de comunión entre todos en Cristo: unión con Cristo y entre los miembros del Cuerpo místico

de Cristo. Lo dice san Pablo: “Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1Cor 10,17)<sup>2</sup>.

El resultado de la comunión personal con Cristo es la comunión eclesial, de la que se hablará más adelante.

Para profundizar en el sentido de esta comunión eucarística o comunión personal con Cristo, es importante analizar, por su contenido y significado, dos momentos de la celebración de la Misa que, lamentablemente, no se valoran o pasan desapercibidos. El primero son las palabras que pronuncia el sacerdote sobre el pan en el momento de la consagración: *Tomen y coman todos de él*. El segundo, el momento en el que los fieles reciben el Cuerpo de Cristo.

#### **a) Tomen y coman todos de él**

La tarde del jueves, vísperas de su pasión, en el escenario de una cena con sus discípulos, Jesús se ofrece a sí mismo, y entrega su cuerpo y su sangre como un signo de donación total. Estas palabras, pronunciadas por el Maestro, las repite cada vez que celebra la Eucaristía el sacerdote, quien en la asamblea hace las veces de Cristo, por lo que no son simplemente el recuerdo de aquello que pronunció el Señor, sino la actualización del misterio como memorial salvífico. Por esta razón, las rúbricas del misal subrayan que estas palabras deben ser pronunciadas con claridad, como lo requiere la naturaleza de las mismas. Además van acompañadas de un gesto: *se inclina un poco*.

Seguramente todos han escuchado alguna vez estas palabras, tomadas del *Evangelio de san Mateo*; pero es importante reflexionar sobre lo que significa en realidad el hecho de que Jesús les diga a sus discípulos: *Tomen y coman*, especialmente en el contexto de comunión y unidad como vínculo de una comunión total. No hubo ninguno de los discípulos que no quisiera o no lo hiciera, porque esto implicaba romper la comunión con el Maestro. Únicamente el *Evangelio de san Juan* nos dice que, “en cuanto Judas tomó el bocado, salió” (Jn 13,30).

**Tomen.** “Mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo y lo partió, y dio a sus discípulos y dijo: Tomen (...), esto es mi cuerpo” (Mt 26,26). Es él quien toma la iniciativa. Es el Maestro quien extiende su mano y les dice: “Recíbanlo, tómenlo en sus manos, háganlo suyo”. Es un gesto de profunda intimidad, que genera entre ellos unos lazos muy fuertes de familiaridad y de amistad. Por esto el mismo Jesús les dirá luego:

Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15,14-16).

---

<sup>2</sup> J. M. SIERRA, M. GARRIDO, P. CERVERA, *Los Prefacios y las secuencias*. CPL Editorial, Barcelona 2018, 295.

Jesús no les dice: “Tomen este pedazo de pan”; les dice: “Tomen, esto es mi cuerpo”; este soy yo, esto que les estoy dando es algo de mí. Es un signo claro de la alianza que desde ese momento se establece entre Dios y el hombre. Recibir el Cuerpo de Jesús significaba para los discípulos recibir al mismo Dios que, desde este momento y para siempre, se hacía uno con ellos. Era “hacer suyo” a aquel que un día les había invitado a dejarlo todo e ir tras de él. Jesús no solo se está ofreciendo al Padre en ese momento como el sacrificio más agradable, como la víctima de propiciación; sino que también se está entregando a sus discípulos como alimento y como instrumento de comunión y de intimidad total con su Padre.

Entregar algo a alguien implica también dos cosas: libertad y posesión. Cuando Jesús les dice a sus discípulos: “Tomen, esto es mi cuerpo”, lo hace libremente, porque quiere. Está concretando lo que él mismo antes había dicho: “Por eso el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy de mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla y tengo autoridad para tomarla de nuevo” (Jn 10,18). Es un acto de donación absoluta en libertad. De otra parte, los discípulos son libres de recibirla o no. Más allá de lo que parece un mandato, este gesto se convierte para ellos en el ejemplo más profundo de entrega y de amor consumado: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Decirle a alguien: “Toma, te doy esto, recíbelo”, implícitamente lleva consigo posesión. En primer lugar, solo quien posee absolutamente algo puede regalarlo, donarlo o entregarlo; de lo contrario sería un acto ilícito. Quien da algo suyo es porque verdaderamente eso le pertenece –en la última cena, Jesús les da algo que es completamente suyo, más aún, se está dando a sí mismo–. Pero quien recibe pasa a tener algo que antes no tenía, que desde ese momento es posesión suya, que trae consigo además una carga de sentimientos que le harán recordar a la persona que se lo dio y que, indudablemente, genera vínculos afectivos fuertes: sentimientos de cariño y amistad hacia la persona que se despojó de algo suyo para hacerlo mío.

**Coman.** “Y dijo: (...) coman; esto es mi cuerpo” (Mt 26,26). Comer es, quizá, la acción más importante de cualquier ser vivo, necesaria para poder vivir. De lo contrario, muere por inanición. Sin embargo, en el ser humano es mucho más que una simple acción orgánica, porque trasciende lo físico llegando a racionalizarlo. Comer no es solo “introducir algo dentro del cuerpo”. Es hacerse uno con lo que se come. Se produce una asimilación total con el alimento, al punto que lo que antes era un simple elemento, por la acción de comerlo, se torna propio y se hace parte de uno mismo.

No se puede comer por otra persona o en nombre de otra persona. Lo que se come es para sí mismo, no para otro. Tampoco se puede quitar a alguien lo que comió ayer, porque se ha convertido en parte de su ser. Desde el instante en que ha

pasado por la boca y llega al estómago, ha dejado de ser una realidad externa y se ha hecho parte del propio ser: nutrientes, vitaminas, etc. Comer implica todo un proceso de asimilación del alimento, porque no es solo tragar la comida, sino que esta tiene que ser masticada una y otra vez en la boca, lo que permite degustar su sabor, diferenciar diversos alimentos e incluso rechazarlos.

Comer es el acto más noble que excluye toda condición social de raza o de color: come el rey y come el mendigo, el joven y el anciano, el blanco y el de color. Nada hay que integre más un grupo social que una comida, porque esta hace comensal de la misma a quien participa en ella. Es el momento de comunicar, de dialogar, de “hacerse uno” con quien comparte el alimento. Es, sin duda alguna, un momento de intimidad. Por el contrario, no hay nada más triste que comer solo o aislado.

Jesús dice a sus discípulos: “Coman, esto es mi cuerpo”, y con ello les está diciendo que es la única forma de estar en plena comunión con él. Desde ese momento, ser discípulo es comer al mismo Cristo, hacerse uno con él, sellar un pacto de amistad tan sublime que no puede ser roto por nada ni por nadie. El discípulo y el Maestro se unen ahora en una profunda intimidad, una comunión tan eminente que es capaz de trascender cualquier esfera humana, de espacio o de tiempo. No comer su cuerpo implica romper con él todo vínculo de amistad y de fraternidad.

Cuenta la tradición que, en Oriente, cuando dos hombres tomaban una pieza de pan y la partían, si uno comía un pedazo y el otro comía otro, eso significaba amistad. Este acto aseguraba que ninguno de los dos se haría daño y que, por el hecho de compartir el alimento, se había asegurado un derecho de hospitalidad, de seguridad, de amistad, de intimidad. A esto se refiere el salmista cuando dice: “Pero eres tú mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad” (Sal 54,14-15); “mi amigo, de quien yo me fiaba y que compartía mi pan, es el primero en traicionarme” (Sal 41,9).

Jesús dijo a sus discípulos: “Tomen y coman”, y lo dice a cada cristiano cada vez que participa en la celebración de la Eucaristía. En el momento en que lo hace, hay un pacto de amistad establecido entre él y el mismo Dios:

Y así, cuando ustedes reciben a Cristo dentro de su corazón, no puede ser apartado de ustedes. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Hay tal unión entre Cristo y el creyente que no puede haber una separación entre ellos sin la destrucción de Cristo y también del creyente. Están tan entretnejidos, enlazados y entremezclados que no hay ninguna posibilidad de separarlos<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> <http://www.spurgeon.com.mx/sermones>. Sermón predicado la noche del domingo 8 de enero de 1888 por Charles Haddon Spurgeon. N° 2350. Newington, Londres.

## b) Rito de la comunión

El ordinario de la Misa, después de la oración del Padrenuestro, el rito de la paz, el Cordero de Dios y la comunión de los ministros, en el número 148, dice:

Después (el sacerdote) toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos: ‘El Cuerpo de Cristo’. El que va a comulgar responde: ‘Amén’. Y comulga.

La comunión es el momento hacia el que confluye toda la celebración eucarística, puesto que, por una parte, la mesa de la Palabra pide ser completada con la mesa del Pan eucarístico y, por otra, la consagración de los dones tiende no solo a que Cristo glorifique y dé gracias a Dios, sino también a que los fieles se unan sacramentalmente a Cristo, comiendo el Cuerpo que se entrega y la Sangre que se derrama para la salvación de los hombres<sup>4</sup>.

La celebración del sacrificio eucarístico –dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*– está totalmente orientada hacia la comunión íntima con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo, que se ofrece por nosotros (CEC, 1382).

Recibir la comunión en la celebración de la Eucaristía es mucho más que un simple acto ritual. Es el momento en el que el cristiano que la recibe se hace plenamente uno con Cristo; comparte su vida misma. Es una participación total en la comunión trinitaria a través de la comunión en el sacrificio de Cristo. Como dice el papa Benedicto XVI,

esta comunión, este acto de comer, es realmente un encuentro entre dos personas, es dejarse penetrar por la vida de aquel que es el Señor, de aquel que es mi creador y redentor. La finalidad de esta comunión, de este comer, es la asimilación de mi vida a la suya, mi transformación y configuración con aquel que es amor vivo. Por eso, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a aquel que va delante de nosotros<sup>5</sup>.

Es también el momento del “admirable intercambio”. El pan y el vino, que en el ofertorio han sido ofrecidos a Dios por el sacerdote como el *fruto de la tierra y del trabajo del hombre*, se han convertido, por la acción del Espíritu Santo, en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Lo que el hombre había entregado a Dios en humanidad, Dios lo devuelve en divinidad. Es el mismo alimento que se ha presentado el que se recibe; pero ya no es solo un pedazo de pan y un poco de vino: son ahora el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 1391-1392) habla de los frutos que trae para el cristiano recibir la Sagrada Comunión:

*La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús. En efecto, el Señor dice: “Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él” (Jn 6,56). La vida en Cristo*

<sup>4</sup> Cf. <https://www.hogardelamadre.org/es/recursos/eucaristia/346-explicacion-de-la-misa/427-comunion>.

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI, Homilía *Corpus Christi*, 2005.



encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: “Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,57).

Lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual. La comunión con la Carne de Cristo resucitado, “vivificada por el Espíritu Santo y vivificante” (PO 5), conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación, hasta el momento de la muerte, cuando nos sea dada como viático.

## 2. COMUNIÓN ECLESIAL

*Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos comemos el mismo pan (1Cor 10,17).*

La Iglesia es, como su mismo nombre indica, la comunidad de los reunidos (asamblea litúrgica) por un solo Señor, en una misma fe, mediante un único bautismo (cf. Ef 4,5). Esta comunión tiene un origen divino, porque está en la esencia misma de Dios ser comunión de personas. Jesús mismo lo dice cuando afirma: “Yo y el Padre uno somos” (Jn 10,30). A su vez, el mismo Cristo hace partícipes a todos los creyentes de esa comunión intratrinitaria, cuando, por el bautismo, aquellos que son muchos, comienzan a formar parte de un único Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Ef 4,4-5), y cuando, reunidos en torno a la misma mesa, participan de un único pan (cf. 1Cor 10,17).

Solo la acción divina de Cristo une a muchos en uno, y les hace partícipes de los bienes celestes, como escribe san Pablo: “Porque por medio de él los unos y los otros tenemos nuestra entrada al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2,18); recapitulando así todas las cosas en Cristo. Esta comunión se ha reflejado desde siempre y ha sido, a la vez, uno de los signos que distinguían a los cristianos: “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Común-uniión es fraternidad en el amor, la escucha asidua de la enseñanza de los apóstoles, la fracción del pan y la oración.

Los apóstoles eligen vivir bajo el señorío del Resucitado en la unidad entre los hermanos, que se convierte en la única atmósfera posible del auténtico don de sí mismo<sup>6</sup>.

Los discípulos permanecen unidos, porque unidos comparten la fe y viven de ella. Además, porque celebran la Eucarística y el gesto de la fracción del pan realizado por Cristo en la última cena (y que en los tiempos apostólicos fue el que sirvió para denominar la íntegra acción eucarística) significa que los fieles, siendo muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado

<sup>6</sup> FRANCISCO, *Audiencia general*. 12 de junio de 2019.

para la vida del mundo, se hacen un solo cuerpo (cf. 1 Co 10, 17)<sup>7</sup>. Por esta razón, afirma el papa Francisco:

La comunión supera las divisiones, el aislamiento, la mentalidad que absolutiza el espacio privado, un signo de que la comunión es el primer testimonio que ofrecen los apóstoles. Jesús lo había dicho: “Por esto todos los hombres sabrán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 35)<sup>8</sup>.

La cena del Señor implica, también, que no existan divisiones ni grupos separados (cf. 1Cor 11, 18-19).

Desde esta perspectiva, cabría una pregunta que se formula el papa Benedicto XVI:

¿Qué es la Iglesia, sino la comunidad de los discípulos que, mediante la fe en Jesucristo como enviado del Padre, recibe su unidad y se ve implicada en la misión de Jesús de salvar el mundo llevándolo al conocimiento de Dios?<sup>9</sup>.

De otra parte, la comunión es el resultado de la vivencia de la fe, ya que todos los que participan en la asamblea han recibido la fe a través de otros que han creído antes. Esto es ser Iglesia. El transmitir la fe encuentra en la celebración su punto fundamental de llegada. Es ahí donde la fe deja de ser algo meramente teórico, aprendido, y se convierte en vida, en comunidad, en expresión máxima de hermandad. El creyente se dispone a estar bajo una acción divina por la que muchos serán hechos uno.

Para profundizar en esta comunión eclesial, se analizarán dos textos de la *Plegaria eucarística*, que es la oración central de la Misa, en la que el sacerdote que preside la celebración la proclama en nombre de toda la comunidad. De otra parte, es importante también explicar el significado de una indicación de la *Introducción general al Misal Romano*, que ha sido elemento de reflexión en el magisterio de los papas Pío XII y Pablo VI, y que ha sido acatado por muy pocos sacerdotes y pasa casi desapercibido por los fieles: consagrar pan para todos en la celebración.

#### **a) Prefacio de la Misa por la unidad de los cristianos**

##### ***La unidad del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia***

El fragmento del *Prefacio de la Misa por la unidad de los cristianos* en el que nos fijaremos es el siguiente:

Porque él nos ha conducido  
al conocimiento de tu verdad,  
*para hacernos miembros de su Cuerpo*  
*mediante el vínculo de una misma fe y un mismo bautismo;*  
por él has derramado sobre todas las gentes tu Espíritu Santo,

<sup>7</sup> Cf. IGMR, 83.

<sup>8</sup> FRANCISCO, *Audiencia general*. 12 de junio de 2019.

<sup>9</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*. 25 de enero de 2012.

*admirable constructor de la unidad  
por la diversidad de sus dones,  
que habita en tus hijos de adopción,  
santifica a toda la Iglesia  
y la dirige con sabiduría.*

Este texto, aunque es de nueva redacción, presenta una serie de conceptos que están tomados del Nuevo Testamento y que, por lo tanto, integran la Tradición, al ser reflexionados por los Padres de la Iglesia, el Magisterio y la Liturgia. Ideas como el conocimiento de la verdad que se alcanza en Cristo, una fe y bautismo o la unidad, fruto del Espíritu Santo, no son desconocidas. Algunas expresiones se encuentran en el *Sacramentario Veronense*, y ciertos expertos atribuyen algunos de estos textos a los papas León Magno y Gelasio I. Sin embargo, la novedad de este texto radica en la forma como están articulados en el prefacio, ofreciendo así una síntesis de lo que debe ser la unidad del Cuerpo de Cristo<sup>10</sup>.

Desgranemos una por una sus ideas principales.

***Por él nos has conducido al conocimiento de tu verdad***

Por el misterio de la encarnación, el Padre Dios ha sellado con la humanidad un pacto a través de su Hijo Jesucristo, a fin de que todos se salven y puedan llegar al conocimiento pleno de la verdad (cf. 1Tm 2,4). Esta verdad reside en Dios; Jesucristo se proclama a sí mismo como la verdad (cf. Jn 14,6), en cuanto encarna y enseña la religión en espíritu, única que agrada al Padre; y solo en la medida en que el ser humano permanezca unido a él, se hace depositario de esa verdad y obtiene del Padre todas las gracias. Por eso, afirma: “Permanezcan en mí, como yo en ustedes (...). Si permanecen en mí y yo en ustedes, pidan lo que quieran y lo conseguirán” (Jn 15, 4.7).

Verdad y unidad son dos ideas que se enlazan y se repiten, sobre todo en el *Evangelio de san Juan*, puesto que Jesús es la luz verdadera que ilumina a todo hombre y hace posible la victoria sobre el pecado, y la santidad. La verdad que alcanzamos por la revelación de Dios en Cristo no es solo un conjunto de principios teóricos o una doctrina teológica, sino que se trata de una realidad de la que somos hechos partícipes por la inteligencia, la voluntad y la misma afectividad. Cuando Dios entra en nuestra vida, transforma todo nuestro ser<sup>11</sup>.

***Para hacernos miembros de su Cuerpo mediante el vínculo de una misma fe y un mismo bautismo***

Estar unidos a Cristo significa formar parte de su Cuerpo, ser uno en todo con él, tener sus mismos sentimientos. No es una simple unión legal por medio de un documento o algo parecido, sino que implica compenetrarse totalmente con él, a través del vínculo de la fe y del bautismo. No hay y no puede haber otro: “Un solo

<sup>10</sup> Cf. J. M. SIERRA, M. GARRIDO, P. CERVERA, *Los Prefacios y las secuencias...* 334.

<sup>11</sup> J. M. SIERRA, M. GARRIDO, P. CERVERA, *Los Prefacios y las secuencias...* 335.

Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4, 5-6). De esta forma, se integra armónicamente nuestro ser en el ser de Cristo; y el que ha asumido nuestra naturaleza humana nos hace partícipes de su naturaleza divina.

Este texto concreta la teología paulina sobre el bautismo, que el apóstol describe en su primera *Carta a los corintios*: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1Cor 12,13). Es el Espíritu Santo el que bautiza en un solo Cuerpo. Es tarea del creyente conservar esa unidad que el Espíritu Santo ha logrado. Nadie puede crear la unidad auténtica, ni forzarla, sino conservarla, porque es parte de la vocación recibida en el único bautismo. La unidad de los creyentes produce una marcada diferencia entre ellos y los que no son creyentes. Dios es el Padre de todos aquellos que le pertenecen por haber sido regenerados en las aguas del bautismo, que además les ha otorgado el maravilloso don de la fe.

***Por él has derramado sobre todas las gentes tu Espíritu Santo, admirable constructor de la unidad***

La unidad de la Iglesia y de todos lo que forman parte de ella es fruto de la acción del Espíritu Santo. Jesucristo resucitado promete a los discípulos el don del Espíritu, enviado por el Padre para enseñarles y para guiarlos hasta la verdad completa (cf. Jn 16,13). Este Espíritu es quien construye la unidad del Cuerpo de Cristo, en el que se integra cada bautizado. Por esto, la Iglesia recibe sus dones para que todos los cristianos vivan como hijos de Dios, en santidad y con sabiduría. Así, en la celebración de la Eucaristía, reunidos con Jesús en el Cenáculo, se pide para la perfecta comunión eclesial el perfecto cumplimiento de la presencia común de los que forman el Cuerpo de Cristo y la superación de los obstáculos que todavía existen<sup>12</sup>.

La acción del Espíritu Santo es inseparable de Cristo y de la obra de la redención, realizada y perpetuada en la Eucaristía. Asimismo, esta acción del Espíritu está vinculada a los que son de Cristo, a los hijos adoptivos: aquellos que por el bautismo pasan a ser hijos de Dios, partícipes de la gracia divina y miembros de la Iglesia. Fruto de esta comunión es, por lo mismo, el hecho de que el Espíritu *habita en los hijos de adopción* y toma posesión plena de ellos. Es este uno de los efectos del sacramento del bautismo: ser templo del Espíritu Santo, morada donde habita Dios; es ser, en palabras del apóstol Pedro, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios” (1P 2,9). De esta forma, cuando el Espíritu Santo habita en un cristiano, lo constituye como miembro de la Iglesia universal de

<sup>12</sup> Cf. J. M. SIERRA, M. GARRIDO, P. CERVERA, *Los Prefacios y las secuencias...* 336.

Cristo, le concede *la diversidad de dones* para edificarlo, servir al Señor y vivir su vida en Cristo.

Este prefacio concluye con dos frutos fundamentales del Espíritu, además de la comunión y de la unidad de la Iglesia: la santificación de esta y su dirección con sabiduría. La santidad es la meta final de todo cristiano, el deseo de ser santo como Dios es santo (cf. Mt 5,48). Es el motor que lo impulsa a vivir el día a día conforme a las enseñanzas del Evangelio, y que implica, además, vivir una comunión plena con el mismo Dios. Y como la santidad no es algo que se consigue ya terminado, son necesarios los dones que el Espíritu otorga a la Iglesia para que cada uno de sus miembros construya su propia santificación y, por ella, se construya la santificación de toda la Iglesia.

Toda acción de Dios, su guía de la Iglesia y de cada cristiano, están llenas de sabiduría y se realiza por la fuerza del Espíritu Santo, que irrumpió en Pentecostés y, desde entonces, nunca ha abandonado el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia<sup>13</sup>. Lo último que señala el Prefacio no es otra cosa que la promesa realizada por el Señor sobre el envío del Espíritu Santo; y así como este Espíritu transformó el corazón de los apóstoles y les dio el impulso necesario para asumir su misión, de la misma manera es él quien hace posible que la Iglesia permanezca en la unidad y vivan en comunión todos sus miembros; y por sus dones crezca en santidad y se conduzca siempre por el camino de la verdad.

#### **b) Epiclesis de comunión (Plegaria Eucarística II)**

Te pedimos humildemente  
que el Espíritu Santo congregue en la unidad  
a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice:

La Epiclesis o “invocación sobre” es el momento en que el sacerdote intercede, con las manos extendidas sobre las ofrendas, y le suplica a Dios que envíe el Espíritu santificador sobre las ofrendas de pan y vino para que sean consagradas, es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios (CEC, 1105).

En esta definición se encuentran las dos invocaciones al Padre para que envíe el Espíritu: una, para que transforme el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo; otra, para que conceda la unidad al pueblo, a la asamblea que ofrece y celebra. La primera es, seguramente, la más conocida dentro de la celebración, porque es el momento del relato de la institución y consagración. Por eso, es importante reflexionar sobre la segunda, llamada *II epiclesis* o *epiclesis de comunión*, que se reza justo después de la *anamnesis* y antes de las intercesiones.

<sup>13</sup> Cf. J. M. SIERRA, M. GARRIDO, P. CERVERA, *Los Prefacios y las secuencias...* 151-153.

Voy a analizar para ello la *Plegaria eucarística II*, que es el texto más antiguo, que se encuentra en la liturgia romana del siglo III, en la *Traditio apostolica*, y que después del Concilio Vaticano II, con la reforma de los textos litúrgicos, se puso en uso. El texto original reza así:

Te suplicamos que envíes tu Espíritu Santo sobre la oblación de la santa Iglesia, congregándola en la unidad. Da a todos los que participan en tus santos misterios la plenitud del Espíritu Santo, para que sean confirmados en la fe y en la verdad<sup>14</sup>.

La particularidad del texto original, que se encuentra justo después de la celebración del bautismo y la confirmación, la noche de Pascua, radica en que en esta súplica no se pide ningún efecto sobre la ofrenda, ni siquiera su santificación, por lo que algunos expertos dudan que se trate realmente de una epiclesis, en el sentido estricto de la palabra.

En realidad, la súplica va dirigida en favor de la Iglesia, de quienes participan en los misterios. Para ellos se pide la plenitud del Espíritu Santo. Y para la Iglesia se ruega que el Espíritu Santo la congregue en la unidad<sup>15</sup>.

El texto de la actual Plegaria, revisado y re-elaborado, contiene las dos súplicas para mantener la armonía con el resto de plegarias.

Sin embargo, esta particularidad del texto original, que no es una omisión, permite entender cómo desde los inicios de la predicación apostólica la comunidad tenía muy claro que la unidad de la Iglesia es fruto del Espíritu Santo, y resultado de la reunión en torno a la mesa del altar y de la participación en el único banquete. No se trata solo de ofrecer el pan y el vino, sino también de pedirle al Espíritu Santo la gracia de convertirse en aquello que se ha ofrecido. Esta es la comunión con el único sacrificio de Cristo: convertirnos en su mismo Cuerpo, en la forma de sacrificio.

La *epiclesis de comunión* anticipa la acción ritual de recibir la comunión, porque en ella se pide al Espíritu Santo que la víctima ofrecida sirva al pueblo santo como ofrenda de salvación, y que su significado actúe en quien la recibe. En ella se alarga el momento de la ofrenda delante del Padre, reconociendo que esta ofrenda es la misma Iglesia que se ha ofrecido en el pan y en el vino; todo ello, gracias al Espíritu Santo. Aquí la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, en forma de sacrificio, que se da a sí misma por cada creyente, como Cristo se ha dado por la humanidad.

Continúa el Catecismo de la Iglesia Católica:

La Epiclesis es también oración por el pleno efecto de la comunión de la asamblea con el Misterio de Cristo. “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo” (2 Co 13,13) deben permanecer siempre con nosotros y dar frutos más allá de la celebración eucarística. La Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles una ofrenda viva a Dios, mediante la

<sup>14</sup> *La Tradición de la Iglesia*. Cuadernos Phase 75, CPL, Barcelona 2014, 27.

<sup>15</sup> J. M. BERNAL LLORENTE, *Anáfora, aproximación a la Plegaria eucarística*. Verbo Divino, Estella 2015, 161-162.

transformación espiritual a imagen de Cristo, la preocupación por la unidad de la Iglesia y la participación en su misión por el testimonio y el servicio de la caridad (CEC 1106).

Solamente desde la participación en el Cuerpo de Cristo se puede realizar la unidad, que es, en primer lugar, unidad con el Padre por la fe en el Hijo, que se convierte para todos en salvación.

La salvación es indisoluble con la unidad, que desde Dios llega a establecerse entre los hombres, hijos de Dios y hermanos en Cristo, formando un solo cuerpo que es la Iglesia. Por eso, al pedir en la epiclesis la unidad, estamos pidiendo la redención de todos los que participan en la Eucaristía, y que, por los méritos de esta redención, se constituya la verdadera unidad<sup>16</sup>.

La unidad que se constituye, la comunión de toda la Iglesia, no es una unidad cualquiera: es la unidad del cuerpo eclesial de Cristo. Esto confiere un sentido aún más profundo a lo que Pablo dice en la primera *Carta a los corintios*:

Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así es también Cristo (1Cor 12,19).

Estas consideraciones aportan una visión mucho más profunda de lo que puede parecer un mero ritual. Desde esta perspectiva, el gesto de la fracción del pan adquiere un mayor sentido<sup>17</sup>.

En la misma *Carta a los corintios*, el apóstol afirma: “Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos comemos el mismo pan” (1Cor 10,17). En estas palabras de san Pablo lo importante no es tanto el simbolismo de la unidad del pan; si bien los que comparten la eucaristía son muchos y diferentes, forman una unidad, lo mismo que el pan que, a pesar de estar compuesto de muchos fragmentos, es uno.

Lo más importante, lo que da fuerza a la frase de san Pablo, es la calidad de ese pan, porque ese pan al que se refiere Pablo es el cuerpo de Cristo. Por eso, todos los que comemos de ese pan comemos el Cuerpo de Cristo, somos uno, somos el Cuerpo de Cristo<sup>18</sup>.

Cuando, sentados a la mesa de la Eucaristía, los fieles comparten los dones santificados en la Plegaria, anticipan el gozo de la fiesta mesiánica, convocados por el Mesías y reunidos en torno a la gran mesa del banquete del Reino. Él reúne a los dispersos, rompe toda enemistad y diferencia, hace de muchos una gran comunidad de hermanos, un gran pueblo de santos y bienaventurados.

Esta reflexión conecta con algunos escritos proféticos del Antiguo Testamento y, de modo aún más especial, con la apocalíptica judeocristiana. Estos escritos diseñan el futuro escatológico como el gran retorno de todos los exiliados a la patria definitiva, como la gran

<sup>16</sup> J. M. SIERRA LÓPEZ, *Las Plegarias eucarísticas. Comentario litúrgico-espiritual*, San Pablo, Madrid, 2017, 126.

<sup>17</sup> Cf. J. M. BERNAL LLORENTE. *Anáfora...* 215.

<sup>18</sup> J. M. BERNAL LLORENTE. *Anáfora...* 215.

concentración de todos los dispersos y la celebración de un gran festín, presidido por el Mesías<sup>19</sup>.

San Agustín, explicando a los recién bautizados esta comunión íntima entre el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, y el Padre Dios, por la celebración eucarística y la transformación total por el misterio que se celebra, dice:

Hermanos, esto es lo que llamamos los sacramentos: expresan otra cosa que lo que aparece ante nuestros ojos. Lo que nosotros vemos es una apariencia material, mientras que lo que nosotros comprendemos es un fruto espiritual. Si quieren entender lo que es el cuerpo de Cristo, escuchen al apóstol Pablo, que dijo a los fieles: “Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro” (1Co 12, 27). Así pues, si ustedes son el Cuerpo de Cristo y sus miembros, lo que se encuentra en la mesa del Señor es el símbolo de lo que son, y es el misterio lo que ustedes reciben (...). Comprendan esto y alégrese: ¡unidad, verdad, devoción, caridad! “Un solo pan”: ¿qué es este pan único? “Nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo”. Recuerden que no se hace el pan con un solo grano de trigo, sino con muchos (...). Sean, por tanto, lo que ven, y reciban lo que son<sup>20</sup>.

### ***Consagrar pan para todos***

Es muy de desear que los fieles, como está obligado a hacerlo también el mismo sacerdote, reciban el Cuerpo del Señor de las hostias consagradas en esa misma Misa, y en los casos previstos (cfr. n. 283), participen del cáliz, para que aun por los signos aparezca mejor que la comunión es una participación en el sacrificio que entonces mismo se está celebrando (IGMR 85).

Esta instrucción que se encuentra en la *Introducción general al Misal Romano* es mucho más que un simple consejo o recomendación devota a los sacerdotes. Es un gesto cargado de un gran simbolismo, porque representa en sí mismo la unión que se genera entre Cristo, presente en el sacerdote que preside la asamblea, y su cuerpo, la Iglesia, presente en todos los fieles que participan en ella. Además, se hace realidad aquello que el apóstol san Pablo dice: “Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos comemos el mismo pan” (1Cor 10,17).

La comunión, como ya se dijo, es el momento culminante de la celebración que se había iniciado en el momento del ofertorio, cuando los mismos fieles han portado al altar el pan y el vino. Por tanto, el que los fieles no coman del pan consagrado en la misma celebración rompe totalmente el signo de unidad que contiene toda la Eucaristía. Se trata de restituir a los fieles la misma ofrenda, pero completamente transformada. El pan y el vino, que representan la propia vida, que ahora se devuelve también transformada, según la voluntad de Dios, en su Hijo. Lo que se ofreció en humanidad se recibe ahora en divinidad.

Muchos serían los textos que se esconden en este gesto, pero para esta reflexión bastaría con señalar dos. En primer lugar, el número 148 de la Encíclica *Mediator Dei*, del papa Pío XII, sobre la Sagrada Liturgia:

<sup>19</sup> J. M. BERNAL LLORENTE. *Anáfora...* 223.

<sup>20</sup> AGUSTÍN, *Sermo 272 «In die Pentecostes. Ad infantes, de Sacramento»*.



Es también muy oportuno, cosa por lo demás establecida por la Sagrada Liturgia, que el pueblo se acerque a la sagrada comunión después de que el sacerdote haya consumido el manjar del ara; y, como arriba dijimos, son de alabar los que, estando presentes en el sacrificio, reciben las hostias en él mismo consagradas, de modo que realmente suceda «*que todos cuantos participando de este altar recibiéremos el sacrosanto cuerpo y sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y gracia celestial*»<sup>21</sup>.

De otra parte, el número 55 de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*:

Se recomienda especialmente *la participación más perfecta en la misa*, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor (SC 55).

Ambos textos coinciden en subrayar que el efecto principal de este signo es garantizar la *actuosa participatio* –participación consciente, piadosa y activa tan querida por el Concilio (cf. SC 11)–. No es extraño tampoco que el interés de la reforma litúrgica busque esto, ya que el acento de la misma no se centraba solo en establecer lo mínimo indispensable para la validez del culto, ni en la forma externa considerada en sí misma, sino en la asamblea litúrgica que escucha y responde a la Palabra de Dios, participa en los sacramentos, hace memoria del Señor Jesús y da gracias a Dios Padre. La participación en la celebración hace posible que los que asisten a ella hagan suya la acción sagrada, y la vivan como un acontecimiento de carácter espiritual, realizando cada cual, ministro o fiel, todo y solamente aquello que le corresponde según la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas (cf. SC 26)<sup>22</sup>.

El papa Benedicto XIV, en la encíclica *Certiores effecti*, señala que se debe reprender a los sacerdotes que, por culpa o negligencia, no hacen lo posible por propiciar la comunión plena entre el Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, en la celebración de la Eucaristía. Respecto a la consagración de pan para todos los fieles en la asamblea y la comunión de estos, expresa:

Y aunque también participen del mismo sacrificio, además de aquellos a quienes el sacerdote celebrante da en la misma misa una parte de la Víctima por él ofrecida, aquellos a quienes el sacerdote administra la Eucaristía reservada según costumbre; con todo, no por eso la Iglesia prohibió nunca, ni prohíbe ahora, que el sacerdote satisfaga a la piedad y a la justa petición de los que, asistiendo a la misa, piden ser admitidos a la participación del mismo sacrificio que también ellos ofrecen al mismo tiempo y de la manera que les es posible; más aún, lo aprueba, y desea que no se omita, y reprendería a los sacerdotes por cuya culpa y negligencia se negara a los fieles esta participación<sup>23</sup>.

A modo de conclusión, es importante recordar dos números del *Catecismo de la Iglesia Católica* que hablan de los frutos que produce la participación plena de los

<sup>21</sup> Pío XII, Encíclica *Mediator Dei*, Sobre la Sagrada liturgia. Roma, 20 de noviembre de 1942, 148.

<sup>22</sup> Cf. G. MOLINA VÉLEZ. “La *Sacrosanctum Concilium*: Planteamientos, logros y desafíos”: *Cuestiones Teológicas* 97 (2015) 81-83.

<sup>23</sup> BENEDICTO XIV, Encíclica *Certiores effecti*, Roma, 13 de noviembre de 1742, 3.

fieles y la comunión total del Cuerpo de Cristo, por parte de estos que ofrecen el pan y el vino como dones que representan lo más noble de la creación y los reciben bendecidos y transformados en ofrenda de salvación:

*La unidad del Cuerpo místico: La Eucaristía hace la Iglesia.* Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf. 1Cor 12, 13). La Eucaristía realiza esta llamada: *El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque, aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan* (1Cor 10, 16-17) (CEC 1396).

*La Eucaristía y la unidad de los cristianos.* Ante la grandeza de este misterio, san Agustín exclama: *O sacramentum pietatis! O signum unitatis! O vinculum caritatis!* (“¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!”) (*In Iohannis evangelium tractatus* 26,13; cf. SC 47). Cuanto más dolorosamente se hacen sentir las divisiones de la Iglesia que rompen la participación común en la mesa del Señor, tanto más apremiantes son las oraciones al Señor para que lleguen los días de la unidad completa de todos los que creen en él (CEC 1398).

### 3. COMUNIÓN FRATERNA

*Así pues, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está dispuesto el misterio que sois también vosotros; y recibís, así, vuestro misterio*  
(San Agustín, s. 272)

De la comunión íntima con Dios y la participación plena en su misterio de salvación brota la comunión de la Iglesia, que hace visible, a su vez, la comunión trinitaria en los misterios celebrados. Pero, dando un paso y llevando esta comunión al interior de la vida religiosa, nos damos cuenta de que, sin estas dos primeras, no es posible generar lazos de unidad y de fraternidad entre los hermanos que se unen por la profesión religiosa.

En el plano teológico, la vida consagrada es una forma concreta de vida de comunión con Dios, que se manifiesta de modo particular a través de una vida de fraternidad cristiana en el Espíritu Santo, y que realiza en grado eminente la comunión de sus miembros entre ellos y con Dios. La Eucaristía se hace vida: la asamblea litúrgica se prolonga en la liturgia de la vida cotidiana, en la liturgia de la existencia vivida en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la práctica fiel del Evangelio<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Cf. M. AUGÉ. *Miscellanea di Studi su liturgia e vita consacrata*, Claterianum ITVC, Roma 2011, 50.

Si la vida religiosa pertenece a la vida y a la santidad de la Iglesia, como afirma el Concilio Vaticano II, es una posibilidad de vivir la vida nueva en Cristo. De esta realidad se puede derivar, entonces, que la comunidad religiosa es una fraternidad verdaderamente realizada, no a través del vínculo de la carne y de la sangre, sino a través de una respuesta libre y de una vocación común ‘divina’, vivida como un reflejo de la comunión plena con Cristo, en la Iglesia, que se hace patente en la convivencia comunitaria; de tal forma que la comunidad religiosa, viviendo intensamente la dimensión eucarística, está llamada a ser un signo permanente de la comunión eclesial<sup>25</sup>.

La comunidad agustiniana se distingue de las tradiciones monacales de su tiempo por la centralidad de la caridad. Así se lee al inicio de la *Regla*:

Lo primero por lo que se han congregado en la comunidad (cf. Jn 11,52) es para que habiten unánimes en la casa (cf. Sal 67,7), y tengan una sola alma y un solo corazón (cf. Hch 4,32) dirigidos hacia Dios (*reg.* 1,2).

La vida común es el centro del monaquismo agustiniano. Este ideal comunitario se realiza plenamente en la primitiva comunidad de Jerusalén, según la narración de los *Hechos de los apóstoles* (cf. Hch 4,32-35). San Agustín ama este texto y en él se inspira para fundar su comunidad. Está claro que, para el santo, la comunidad se edifica verdaderamente sobre la base de la comunión eucarística. El *Sermón a los recién bautizados* citado anteriormente es un ejemplo claro: “Sean, por tanto, lo que ven, y reciban lo que son” (s. 272). Es el misterio de la configuración total con Cristo que hace del religioso ya no uno solo, sino una comunión plena con aquellos que, junto con él, viven el mismo ideal. Así como Cristo y la Iglesia (su Cuerpo) son uno, así en la comunidad todos son uno por la comunión en el Cuerpo de Cristo<sup>26</sup>.

Dos números de las *Constituciones* de la Orden de Agustinos Recoletos permiten profundizar más en este misterio de comunión fraterna al estilo agustiniano:

Los religiosos aprendan en la liturgia a ofrecerse a sí mismos, y perfeccionen de día en día, con la mediación de Cristo, la unidad con Dios y entre sí, para que finalmente Dios lo sea todo en todos (*Const.* 66).

La comunidad religiosa es una comunidad cultural, que se nutre de la mesa de la Eucaristía y de la oración en común. Todos juntos, reunidos en una misma fe, representan el misterio de la Iglesia y son signo de comunión perfecta, que impulsa a todos los demás miembros de la Iglesia a vivir los compromisos de la auténtica vocación cristiana (cf. LG 44). La vida común, nutrida por las enseñanzas del Evangelio, por la sagrada liturgia y, sobre todo, por la Eucaristía, debe ser modelo

<sup>25</sup> Cf. M. AUGÉ. *Miscellanea di Studi...* 79-80.

<sup>26</sup> Cf. M. AUGÉ. *Miscellanea di Studi...* 71-72.

en cada comunidad religiosa, de forma que con ella se manifieste el advenimiento de Cristo, y de ella dimane una gran fuerza apostólica (cf. PC 15).

No se puede vivir juntos un ideal común de fe y, a la vez, olvidar que es justamente en la Eucaristía y en la oración comunitaria donde se descubre el sentido del propósito común. Una comunidad religiosa que no es capaz de orar, que no puede reunirse en torno al altar para compartir juntos el pan eucarístico ha perdido su verdadera identidad. Es evidente que la actual crisis de conciencia comunitaria que viven muchas órdenes o congregaciones religiosas es también una crisis de oración comunitaria. No se trata solamente de ‘juntarse’ en el lugar y en el horario establecido por obedecer las normas de la casa, sino de vivir este momento como verdadero encuentro fraterno en la fe<sup>27</sup>.

No es, tampoco, en la multiplicación de oraciones o de devociones populares donde se alimenta la verdadera piedad de los religiosos, sino en la armonía de una vida concebida ‘unitariamente’; toda ella dirigida al Padre, vivificada por la acción del Espíritu de Jesús que hace posible fortalecer los vínculos de la fraternidad. El culto que se da al Padre en la liturgia de la comunidad debe pasar primero a través del amor fraterno, como ya lo señala san Agustín en la *Regla*: “Así pues, vivan todos en unanimidad y concordia, y honren los unos en los otros a Dios, de quien han sido hechos templos” (*reg.* 1,8)<sup>28</sup>.

La comunidad se realiza primordialmente en la eucaristía, “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad” (*In Io. Ev. Tr.* 26,13). Fruto propio de la eucaristía es la unidad de la comunidad (*Ibid.* 26,24): “Así pues, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está dispuesto el misterio que sois también vosotros; y recibís, así, vuestro misterio” (*s.* 272) (*Const.* 67).

La centralidad de la Eucaristía en la comunidad religiosa está presente desde sus inicios en la conciencia histórica de la vida consagrada. La comunidad monástica se autocomprende como expresión de la comunidad eclesial, que alcanza su punto culminante en la reunión comunitaria en torno a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Juan Pablo II, en la Carta Apostólica *Oriente Lumen*, lo explica de esta forma:

La Palabra de Dios es el punto de partida del monje, una Palabra que llama, que invita, que interpela personalmente, como sucedió en el caso de los apóstoles. Cada día el monje se alimenta del pan de la Palabra. Privado de ella, está casi muerto, y ya no tiene nada que comunicar a sus hermanos, porque la Palabra es Cristo, al que el monje está llamado a conformarse.

Y más adelante continúa:

En la Eucaristía se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de aquel que es oferente y oferta: esos convocados, al participar en los sagrados misterios, llegan a ser «consanguíneos» de Cristo,

<sup>27</sup> Cf. M. AUGÉ. *Miscellanea di Studi...* 78-79.

<sup>28</sup> Cf. M. AUGÉ. *Miscellanea di Studi...* 79.

anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad. Pero la Eucaristía es también lo que anticipa la pertenencia de hombres y cosas a la Jerusalén celestial. Así revela de forma plena su naturaleza escatológica: como signo vivo de esa espera, el monje prosigue y lleva a plenitud en la liturgia la invocación de la Iglesia, la Esposa que suplica la vuelta del Esposo en un *marana tha* repetido continuamente no solo con palabras, sino también con toda la vida<sup>29</sup>.

Los consagrados reunidos para celebrar la Eucaristía manifiestan la realidad de la Iglesia, reflejan su estructura y su misterio. La espiritualidad de la vida consagrada no puede prescindir de esta realidad que la constituye en su ser específico como comunidad de fe. Lo recuerda a todas las comunidades cristianas el Vaticano II cuando dice:

No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad (PO 6).

Y en la Exhortación apostólica *Vita Consecrata* se lee:

Por su naturaleza, la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella, cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a Él en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu (...). En la celebración del misterio del Cuerpo y Sangre del Señor se afianza e incrementa la unidad y la caridad de quienes han consagrado su existencia a Dios<sup>30</sup>.

## CONCLUSIÓN

Participar en la liturgia significa entrar en el misterio trinitario, en el misterio del Verbo encarnado, en el misterio de la Iglesia y de la asamblea litúrgica. Participar es gustar la gracia como acontecimiento y como transformación mediante la *devotio Ecclesiae*. Es propiciar que la acción litúrgica fundamental –significada exteriormente en los ritos y oraciones, en los silencios y aclamaciones– que acontece en el corazón de Cristo, se realice también en el corazón de los cristianos. El verdadero misterio está dentro: la acción exterior es meramente signo del sentido y misterio al que se llega por la fe y por el sacramento, y se degusta con el amor derramado por el Espíritu en los corazones de sus fieles<sup>31</sup>.

Entendida de esta forma, la liturgia trasciende la esfera de lo meramente ritual, y se hace vida en la persona que la celebra. No se trata de cumplir ‘milimétricamente’ las normas establecidas para decir que una celebración se realizó ‘litúrgicamente de forma correcta’. Se trata, más bien, de vivir cada rito, cada gesto, cada palabra; de interiorizar aquello que se ve, que se escucha, que se hace; de permitirle al Espíritu Santo que actualice en el hoy de la historia de cada persona el Misterio Pascual de Cristo que se celebra en cada acción litúrgica, sobre todo en la Eucaristía.

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Orientalis Lumen*, Roma, 2 de mayo de 1995, 10.

<sup>30</sup> JUAN PABLO II. *Exhortación apostólica postsinodal Vita Consecrata*. Roma, 25 de marzo de 1996, 95.

<sup>31</sup> G. MOLINA VÉLEZ, “La *Sacrosanctum Concilium*... 83.

La asamblea litúrgica que se congrega para celebrar los divinos misterios es la misma que, por el bautismo, ha dejado de ser una multitud informe de personas para ser un solo cuerpo en Cristo, que se alimenta del único pan y del único cáliz: el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es a través de la celebración litúrgica como el cristiano anticipa en el tiempo y en historia aquello que celebrará un día en el banquete de la Ciudad celeste, la Jerusalén del cielo. Pero es también a través de la celebración litúrgica como alcanza el grado máximo de comunión y de participación en la vida misma de Cristo. No hay un momento más sublime que aquel en el cual Jesucristo, el Sumo y eterno Sacerdote, ofrece al Padre la ofrenda del pueblo santo que ha sido redimido por su sangre.

También hoy Jesús continúa orando al Padre con las mismas palabras que pronunció la noche de la última cena en cenáculo: “A los que me has dado guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros” (Jn 17,11). Él sabe que son muchos los que buscan la división, que no quieren la comunión auténtica entre aquellos que son discípulos. Por eso, intercede cada día por su Iglesia y, dentro de ella, por cada uno de los que la conforman. También les invita a confiar en él y en su Palabra, recordando constantemente “que, separados de mí, nada pueden hacer” (Jn 15,5). Todo proyecto de vida cristiana que no tenga en la base una comunión íntima y auténtica con Dios fracasa. No puede ser reflejo de la comunión de la Trinidad, que habita en cada cristiano por el Bautismo, y mucho menos puede ser generador de comunidad dentro de la Iglesia. Que “Dios sea todo en todos” (1Cor 15, 28).

FR. JUAN PABLO MARTÍNEZ PELÁEZ OAR  
*Curia Generalizia Degli Agostiniani Recolletti*  
*Roma (Italia)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA